



LA GUERRA.

La guerra! la guerra! Suenan los tambores, oyense las cornetas, la artillería hace retumbar la tierra con sus estampidos; el sol se nubla con el polvo que levanta el galope de los escuadrones. ¡ Todo se pierde en una espesa nube de humo! ¡ Ya no se oyen mas que los gritos confusos, no se ven mas que el brillo de las armas, las banderas que se agitan, las masas convulsivas que se mueven, marcando sus huellas con un rastro de sangre.

Pero el ruido se debilita al fin, la nube se disipa, los vencedores aparecen con los estandartes conquistados, los cañones apresados, la gente humillada y sin armas que vá á espiar como un crimen el azar de una derrota.

Que las poblaciones preparen flores para los arcos de triunfo! Que se enciendan los cirios en los altares para dar gracias al Todopoderoso! Preparad distinciones honrosas para los pechos de los soldados victoriosos, que han demostrado en la lid mas intrepidez.

Pero mirad, allá abajo del lado de los vencidos. En lugar de arcos de triunfo, grandes fosos donde se van colocando silenciosamente los cadáveres; en vez de himnos en accion de gracias, un coro inmenso de sollozos; en lugar de recompensas, la vergüenza; en vez de alabanzas, las acusaciones de la derrota.

Es que la guerra tiene como Jano dos caras; la una brillante de alegría, la otra pálida de abatimiento, y cada una de estas dos caras mira alternativamente á las naciones, porque ninguna ha conocido triunfos sin reveses, gloria sin humillacion.

¿Y quién podrá decir, si hay una sola que haya ganado mas que perdido en este lúgubre juego de las batallas? ¿Es acaso conocido el resultado de la cuenta abierta por cada pueblo á su gloria militar, ni se ha determinado si les queda á estos en definitiva, otra cosa que el recuerdo de ciudades destruidas, de generaciones segadas en flor, de campiñas transformadas en desiertos?

Que las naciones primitivas bayan traducido la oposicion de sus instintos, y la desigualdad de sus adelantos, por medio de la lucha; que hayan hecho de la guerra un instrumento para desterrar la barbárie; que la civilizaciou griega haya sido inoculada en el mundo con la espada de Alejandro; la civilizaciou romana por la de César; todavia puede comprenderse; entonces era tal vez permitido hacer de Minerva la diosa de la guerra. Pero hoy que la igualdad parece reinar entre los pueblos como entre los individuos, y que la barbárie ha desaparecido, es preciso tambien cambiar el simbolo. No representeis la guerra por medio de esa casta divinidad, que avanza noblemente con el casco en la cabeza y el machete en reposo; la guerra es ese hombre que huye con el puñal levantado, llevando en sus brazos una mujer desgredada y moribunda.

¡Ah! ¡cuántos bienes produciría esa imágen si se hallara siempre presente ante los ojos de los poderosos, si la encontraran sobre el papel en que su mano vá á escribir la palabra que promueve un combate, si la viesen levantarse ante la tribuna en que sus labios van á pronunciar las palabras que siembran las discordias, si la viesen, en fin,

por todas partes como un eterno aviso que murmurase en el fondo de su alma:

«Miradme; yo soy la guerra; por mí perece todo lo que es bello, se rompe todo lo que es débil, muere profanado lo que es puro».

«Yo no respeto ni el carácter, ni el genio, ni la virtud. Yo hago atravesar el corazón mas noble por el brazo inas vil. La violencia es mi derecho».

«Yo hago depravados á los buenos por el sufrimiento y por la edeeta; yo animo á los malos con el éxito; yo estinguo la piedad en las almas, y propago el odio como una necesidad».

«Dios dijo:—Creced en riqueza y en número; vivid como hermanos; amad á los otros como queréis ser amados vosotros mismos».

«Yo he dicho:—Que el mas fuerte estermine al mas débil y le despoje; que los hombres secan entre sí como lietas; que se odien implacablemente y se devoren, y que cada uno haga á los otros todo el mal que pueda para procurarse á sí mismo el mayor bien posible».

EL CID.

ARTÍCULO CRÍTICO.

(Conclusión.)

Pero el padre Risco y varios críticos modernos desechan este lance por inverosímil, pareciéndoles un ultratrimiento, un desacato á la autoridad real, un arrojé increíble. Falso el principio, falsa la consecuencia: no hay tal desacato; no hay tal inverosimilitud. El rey D. Sancho habia despojado de sus reinos á sus hermanos, habia vencido y espulsado á D. Garcia, habia vencido, preso y querido hacer religioso á D. Alfonso. Huye Alfonso y se refugia en Toledo; y hallándose allí, D. Sancho pone sitio á Zamora. Vellido, un audaz soldado, de acuerdo con Doña Urraca y los principales zamoranos, sale de la ciudad y mata al sitiador. Sancho muere sin hijos; la corona pertenece á Alfonso como heredero mas inmediato; suscitase entre los castellanos la sospecha de si Alfonso habra tenido parte en la determinacion de matar á Sancho; y los súbditos de este, fieles á su rey resueltos á no dar la corona á un fratricida, determinan que Alfonso se justifique por medio de un juramento antes de ocupar el trono vacante. Esto era muy conforme á las disposiciones del Fuero Juzgo, respetables aun, que anatematizaban el regicidio, y establecian por otra parte en diversos casos la purgacion ó justificacion por medio del juramento. Para los castellanos la dignidad real no estaba representada en la persona de D. Alfonso, que aunque rey de Leon, no lo era aun de Castilla; para los castellanos, la dignidad real estaba y debia estar representada en la persona de su difunto monarca D. Sancho, cuya muerte debian castigar si les era posible: la jura era un homenaje debido al honor del reino y á la conveniencia del nuevo rey que no debia entrar á reinar con la nota de sospechoso de un horrible crimen: por manera, que ese hecho que algunos consideran como atentatorio á la majestad, era precisamente todo lo contrario: era un obsequio á la dignidad y esplendor del trono. Alfonso se resistió de la exigencia, porque era rey y era inocente; pero su resentimiento fué injusto, y la prueba es que ningún escritor antiguo ha defendido ni menos aplaudido su enojo. El obispo de Tuy, D. Lucas, el arzobispo de Toledo, Don Rodrigo Jimenez, el rey D. Alfonso el Sabio (ó el que de su orden escribió la crónica general), y D. Carlos, principe de Viana, todos los cuales refieren el hecho, todos se manifiestan mas ó menos inclinados á Rodrigo, todos le consagran en aquella ocasion algunas palabras de elogio: ahora bien, cuando un rey, un principe y dos prelados, sin contar otros muchos autores de inferior jerarquía, ó abonar ó un desaprobaban la exigencia de la jura, ¿podrá dudarse que aquella peticion estaba completamente conforme con el espíritu caballeresco de aquel siglo y aun de los siglos posteriores? ¿Quiénes sabrán mejor si la jura era para aquel tiempo un desafiado ó un rasgo de pundonor nacional y de respeto á la costumbre y á las leyes? ¿los principes y obispos de los siglos inmediatos al suceso, ó los criticos del reinado de los Borbones? Nosotros somos jueces incompeten-

tes en esta causa; los jueces propios, los escritores antiguos, han pronunciado su fallo en favor de los castellanos y de Rodrigo, que nó tuvo mas culpa que llevar la voz de las personas que entonces representaban el reino: á la posteridad solo toca respetar y confirmar aquella sentencia. Queda, pues, sentado que la jura tomada al rey D. Alfonso el VI, aunque nó se menciona en la crónica leonesa, es un hecho que debe entrar en la historia del Cid. Por lo que el Tudense y el arzobispo Jimenez dicen de este suceso, se pudiera creer que la jura se tomó en Zamora; pero atendiendo á que la tradicion no debe equivocarse respecto á un hecho tan celebrado luego por los poetas, admitimos la opinion del que escribió la crónica general que incluye la castellana del Cid, donde se lee que la jura se celebró en Búrgos, en la parroquia de santa Agueda, que entónces se llamaba santa Gadea. Quien lea los autores citados, verá que se concilian todos del modo siguiente. Muerto D. Sancho, su ejército (segun el Tudense) se aturde, se desbanda y huye, menos la valentísima hueste de los castellanos que se refugia con el cuerpo del rey y le da en Oña horrificca sepultura. En seguida castellanos y navarros (es decir los magnates y prebendados de ambas provincias) se reúnen en Búrgos, donde en un concilio ó cortes del reino se declara que la corona es de D. Alfonso; pero que para veñirsela ha de jurar que no ha sido cómplice en la muerte de Sancho. Si, como es probable, la reina viuda presidia en aquellas cortes, ya se ve si tal condicion era naturalísima. Mientras tanto Alfonso va de Toledo á Zamora, donde al momento se ponen nuevamente á su obediencia los leoneses y tambien quizá el partido mas numeroso de los gallegos, descontentos con Don Garcia. Los castellanos envian una diputacion á Zamora pidiendo la jura, y Alfonso conviene en prestarla. Garcia intenta recobrar su reino de que Sancho le habia despojado, y Alfonso, con razon ó sin ella, pero probablemente de acuerdo con los principales de Galicia, se apodera de Garcia y lo encierra. Acaso la jura de santa Gadea nó se verificó hasta despues de la prision de D. Garcia, tomándose Alfonso este tiempo, ya para aplacar á su cuñada la reina viuda, que debia estar irritadísima contra Doña Urraca y aun contra Alfonso, que se dirigió siempre por sus consejos; ya para hacer salir de España á aquella princesa si le estorbaba; ya en fin, y es lo mas natural, para ganar á los grandes y prebendados y conseguir que renunciasen á la condicion del juramento, de lo cual en efecto por temor ó por otros motivos al fin desistieron todos, menos Rodrigo. Si la jura fué antes, de todos modos, algun tiempo se empleó en negociaciones. Por lo demás, natural era que Alfonso prestase el juramento en Búrgos, capital del reino á quien se le hacia, y no en Zamora que siendo señorío particular de la infanta Doña Urraca, constituia un estado aparte. Venimos á parar despues de todas las cavilaciones de la crítica moderna, en que Sandoval, Mariana y todos los que admiten y refieren estos sucesos en la forma arriba expresada, tenían razon. Que Alfonso casara al Cid poco despues con Jimena, prima del monarca, no se opone á que el Cid hubiese tomado el juramento al rey; quien habia llevado la voz del reino y hecho ceder al rey, debia de ser persona con quien no se podia romper por lo pronto. Ultimamente, los que admiten el hecho, pero entienden que el Cid provocó justamente la ira del rey porque le hizo profanar el juramento tres veces, necesitan probar que lo que se determinó en el concilio, jun á cortes de Búrgos fué que el rey jurase una vez sola, y Rodrigo por sí y ante sí le hizo jurar otras dos, lo cual de ninguna manera es creíble. Mas verosímil es que el juramento abrazase tres puntos y para cada uno se hiciese pregunta particular. La cólera del rey contra el Cid provino de que el Cid fué el que se empeñó en que jurara cuando los demas castellanos se habian vuelto atrás; la cólera del rey provino de que á no ser por el Cid, no hubiera tenido que jurar ni tres veces, ni una.

No se podrá defender lo mismo la posibilidad de otros lances, como por ejemplo, la expedicion del Cid á Alemania para sostener la independencia de Castilla, de quien el emperador exigia un reconocimiento de superioridad. Tal como la crónica castellana presenta el hecho, es inadmisible; pero tal vez este y todos los otros que pasan por fábulas tengan un fundamento de verdad: la desgracia es que hasta ahora no hay pruebas en que apoyar nuestras conjeturas. Por fábula se tiene la muerte del conde de Gormaz, padre de Jimena Gomez, á manos de Rodrigo, y sin embargo el suceso nada tiene de particular. Se dirá que la crónica ge-

usual y los romances lo ponen en tiempo del rey D. Fernando cuando el Cid era todavía niño; pero ¿qué dificultad hay en que sucediese después cuando el Cid era hombre? Se nos replicará que establecemos y probamos con la carta de arras que el padre de la esposa del Cid se llamaba Diego; ¿y qué dificultad hay en que el conde muerto fuese D. Diégo y no D. Gomez? Un error cronológico y una equivocación de nombre no deben anular un hecho.

Examinando de este modo uno por uno los que se atribuyen al Cid en la desacreditada crónica castellana y en los romances, quizá se hallaría coyuntura donde poderlos acomodar todos, sin perjuicio de los otros que racionalmente no deben ponerse en duda por traerlos la historia leonesa y los prelados Rodrigo y Lucas. Habrá qu en sostenga que sería una profanación esta mezcla de la fábula con la historia; pero débese advertir que nosotros no tenemos por fabulosos en el fondo los hechos de la crónica y de los romances, sino por equivocados y exagerados en algunas circunstancias y accidentales: creemos en fin (y en esto nos separamos de una opinión muy respetable) que al Cid no se ha atribuido hazaña ninguna, que no le pertenezca; pero se han exagerado y tergiversado muchas de las que hizo, y acaso haría más, y no lo sabemos por no haberse conservado romances que den cuenta de ellas. Una nueva historia del Cid que corrigiese los yerros de la crónica castellana y de los romances por medio de la crónica leonesa, los cronicones de los obispos, los documentos y los anales; una nueva historia que completase la crónica leonesa con las noticias de la castellana y de los romances, podría en hora buena ser una obra histórica de autoridad muy disputable; pero siempre ofrecería la ventaja de reunir todo cuanto se ha dicho del Cid ordenado del modo mas probablemente posible; y con esto y la indispensable circunstancia de estar bien escrito, quizá llegaría á ser el libro de historia mas popular en España. Uno de los mas acreditados profesores de la universidad de Berlin, el señor Huber, literato de gran nota, ha publicado hace poco una crónica del Cid; esperamos con impaciencia el momento de leer esta obra, para ver qué rumbo se ha propuesto al bosquejar la fisonomía de tan gran personaje.

En resumen, la opinión de que vulgarmente goza el Cid, fundada en la tradición y en los romances, opinión justa respecto á la apreciación del carácter del héroe, debe rectificarse respecto de los hechos. La opinión de que el Cid fué un gran caudillo á quien se atribuyen hazañas que no hizo, no es la nuestra; pero es la mas admitida, y como faltan datos, no es fácil impugnarla. La opinión de Masdeu es absurda, porque Masdeu concede gran valor á los argumentos negativos y se desentiende de los positivos, de los testimonios fehacientes. El Cid de los romances, de la crónica castellana y del poema, aquel Cid cuya vida abraza un siglo entero y que tiene por teatro de sus hazañas la tierra que hay desde Coimbra hasta la interior de Alemania, ese es el Cid de los poetas, no es el Cid verdadero. El Cid grosero, traidor y contradictorio que Masdeu ha visto en medio de su furor contra el P. Bisco, es un ente ideal que solo ha existido en la imaginación del abate barcelonés, incapaz de concebir la gran figura del héroe de Castilla. El Cid de la crónica leonesa y los cronicones es el Cid que existió; pero no todo el Cid que ha existido: es el Cid visto á pedazos por entre los listones de una espesa celosía: es el Cid sin voz ni movimiento, es el Cid diluido y amortajado. Un español del siglo XII que escribía en latín no podía retratar al Cid; ¿cuánto mejor lo dibujan, aunque abultándole formas, el autor del poema, los autores de los romances, y el autor de la crónica castellana, tan poeta como ellos! La España moderna debe un cuadro al caudillo que tanto honra á la España antigua: de la historia leonesa se deben tomar las dimensiones del lienzo; pero en la crónica castellana, en el poema y en el romanceró es preciso buscar los brillantes colores con que ha de darse vida á la gallarda figura de Rodrigo Diaz. Por mas brío que se le preste, todo será menos que la verdad: el hombre que fué celebrado en España como no lo fué nadie, seguramente valía mas que valió ninguno.

J. E. HANZLERSCH.



De la domesticidad en Inglaterra.

Inglaterra es el país de la libertad.... y de la domesticidad. La aristocracia inglesa se vanagloria de poseer los mejores criados del mundo, lo cual quiere decir, no precisamente los mas morigerados, sino simplemente los mejor enseñados. Entre un señor español ó italiano y sus criados, se vé que reina una especie de abandono lleno de bondad: el buen Sancho, el sencillito Arlequín, son los tipos de tan feliz domesticidad. En Alemania, en donde los reyes grandes ó pequeños viven como buenos ciudadanos, los nobles y los ciudadanos viven como buenos príncipes con sus gentes, un criado constituye entre ellos parte de la familia. En Francia lo mas común es que los criados sean los amos. Únicamente entre los Ingleses es en donde la domesticidad es verdaderamente un estado, una profesión regularmente constituida. Aquellos hombres libres son amos muy poco aseQUIbles, Necesitan de criados que tengan ó afecten el sentimiento de su inferioridad, respetuosos, sumisos, puntuales, aptos, que sirvan con una precisión casi mecánica. Acostumbrados á ser servidos sin dudar, sin replicar, hasta en los mas minuciosos detalles de la vida, han hecho extensivas insensiblemente á casi todas las faldas de Europa sus exigencias, siendo preciso hacerles la justicia de que ellos han sido los que han contribuido poderosamente á hacer que el servicio sea materialmente mejor, á hacer contraer excelentes hábitos de actividad, y sobre todo de aseo. Pero si bien es cierto que los viajeros les deben algun reconocimiento en esta parte, las fundas no se crean en la obligación de deberles ninguno. Milanes y milladis no se hacen querer en ellas; es verdad que se ocupan muy poco de ello; ¿qué les importa! todas esas gentes de las faldas no son, literalmente hablando, para ellos sino criados de tránsito muy inferiores á los de Inglaterra. Mandan, pagan.... con menos generosidad de la que generalmente se supone; pero como en conclusion son los que viajan mas que nadie, no hay medio de rechazar sus hábitos: se los sirve, por lo tanto, por su dinero, si bien se les devuelve frialdad por frialdad: ningun cambio de palabras, ninguna complacencia; se los trata segun su voluntad: como amos, nunca como huéspedes. Al contrario, el mas modesto viajero español, con un pequeño equipaje, su baston y sus zapatos empolvados, es bien recibido en todas partes; el buen humor, la cordialidad, la franqueza entran con él. El huésped, su muger, sus criados, le saludan con una sonrisa, le preguntan sin embarazo, le piden noticias cuando llega, le dan consejos cuando se marcha: su huca mucho mas caso de su cordial adios que del hasta mas ver que deja caer desde su altura el lord inglés; hace que se guarde memoria de él, y si por acaso vuelve, es una alegría: en dos ó tres dias se dá á conocer para su vida entera.

Una sola cosa basta para marcar la diferencia de caracteres que existe en este punto entre las dos naciones: los Manuales para la domesticidad y las Guías para los viajeros, constituyen un ramo importantísimo de la literatura inglesa; nada semejante á esto existe en España, en donde amos y viajeros se llan á su solo instinto. Autores ingleses de primera nota no se han desdenado de tratar de estas materias *ex professo*. El mas espiritual quizá de cuantos han escrito (no quiero ponerle en parangón sino á Luciano entre los antiguos y á Voltaire entre los modernos), el dean de San-Patrick, el autor de *Gulliver* y del *Conde del Tomel*, en una palabra, el doctor Swift, ha compuesto un tratado muy original sobre los criados. Su intención era grave: se proponía darles instrucciones positivas, prácticas y morigerantes á esa clase, mas considerable que considerada, de sus conciudadanos. Pero la natural disposición de su genio le ha llevado á tratar desde luego la cuestión irónicamente y de un modo inverso con intención. En la primera división del libro fingió tomar parte por los criados en contra de los amos, y les dió, les prodiga, con una vigorosa entonación, todos cuantos malos consejos son imaginables para vejar, atormentar, engañar, vender, y faltar á la confianza de amos y amas. Por desgracia, el buen humorado dean, se ha esmerado de tal modo en esta primera parte de su obra, ha empleado tanta observación, talento y malignidad en ella, que no le ha quedado ni gusto ni celo para la segunda; sólo ha tragado en ella al-

gunas líneas con el objeto sin duda de dar su testimonio de la sana intención de su plan; no cuidándose nada del desenvolvimiento esencial, juzgando sin duda que una pluma vulgar subsanaría también como la suya esta última falta. Como no es probable que se traduzca nunca á nuestro idioma el ensayo cómico de Swift, quizá sea del agrado de nuestros lectores el deslizar la vista por un ligero extracto de él.

Fragmentos.—Cuando vais mandado á algun encargo, y hayáis tardado demastado, debéis tener siempre una

escusa á la mano: por ejemplo, aquella mañana ha venido vuestro tío desde seis leguas solo para veros, y se marcha mañana al amanecer; uno de vuestros camaradas al cual le prestásteis dinero cuando se ballaba desacomodado, va á partir para el continente; habeis ido á despedir á un antiguo compañero que va á pasar á las Indias; habeis estado á consolar á vuestro primo á quien lo conducian á Botany—Bay; os habeis torcido el pie contra un escalon y os habeis visto en la precision de entrar en una tienda, en la cual habeis permanecido mas de tres horas sin poder dar



Percances de una ama de casa.

un solo paso; os han tirado cualquiera cosa desde un balcon...; os han llevado ante la policia como testigo de una pendencia; os han detenido en una calle en la cual habia un incendio, etc. etc. etc.

—Cuando compréis para vuestro amo, no regateéis jamas; así le dais honor; y ademas, mejor puede soportar él la pérdida que su pobre mercader.

—Si estais al servicio de un amo que tiene muchos criados, no hagais nunca nada mas que aquello que se halla en vuestras atribuciones; respecto de todo lo demas, diréis que no entendéis nada de aquello: «Eso no es de mi incumbencia.»

—Si vuestra ama os llama á su habitacion para daros órdenes, manteneos á la puerta, moved sin intermision el pestillo interior os habla, y poned la mano en el boton de la puerta para evitar el que se os olvide cerrarla.

—Si os repitieran con demasiada frecuencia que cerréis las puertas, cerradlas con tanto ruido que vuestros amos salten en sus asientos y que todo se entremezca en la habitacion.

—Si gozáis de algun favor con vuestro amo hacédle entender que os ha salido otra colocacion, y, si mostrase sentimiento por perderos, decidle que seguramente quisie-

rais mejor vivir con él que con nadie en el mundo, porque nadie debe llevar á mal el que un pobre criado trate de mejorar de condicion, que el servicio no es una herencia, que vuestro trabajo es mucho, y que vuestro salario es corto. Con esto, vuestro amo, si es generoso, os aumentará el salario antes que dejaois partir; si no lo hace, y si os interesa positivamente no perder vuestra colocacion decidle que uno de vuestros camaradas os ha decidido á que os quedeis.

—Escribid vuestro nombre y el de vuestra mejor amiga con carbon, sobre la chimenea ó en los peldaños de la escalera, para demostrar lo que sabeis hacer.

—No acudais jamás hasta que hayan tocado la campanilla ú os hayan llamado tres ó cuatro veces: únicamente los perros son los que acuden al primer silbido.

—Si os riñera vuestro amo, respondedle que no habeis acudido antes porque no sabiais que os llamaran.

—Cuando queráis entreteneros hablando con la frutera ó con el tendero, no cerréis la puerta de la calle si no teneis llave; de otro modo os vereis obligado á llamar para entrar, y sabrán que habeis salido. Por la misma causa, si queréis hablar por la parte interior de la casa con alguna vecina, dejad la luz encendida en vuestra cocina.

—Disputad, reñid unos criados con otros; pero no os olvidéis nunca de que todos tenéis un enemigo común.

—Si alguno de vuestros compañeros se ha embriagado, y preguntaren por él, decid que se ha acostado porque se sentía indispuerto; vuestro amo, por buen corazón, os dará algo, para que se alivie el pobre hombre.

—Si vuestro amo pregunta, al entrar, por alguno de vuestros compañeros, que se halla fuera, decidle que acaban de venir á buscarlo no hace un minuto y va para ir á casa de uno de sus primos que se halla en los últimos momentos.

—Cuando hayáis cometido alguna falta, estad impertinente, y presentaos como si fuérais el ofendido; frecuentemente es este el medio mejor para que cese en el instante mismo la cólera de vuestro amo.

—Si os regañan, murmurad sordamente, al retiraros, los corredores y las escaleras adelante; este es el modo de hacer dudar si han sido por ventura injustos para con vos.

—Si vuestros amos os riñen una sola vez sin causa en su vida, dichoso, tres veces dichoso criado! nada os quedará ya que hacer en adelante, siempre que cometáis una falta, sino recordarles su injusticia.

—Quereis dejar á vuestro amo sin necesidad de romper vos mismo con él, toraos de pronto mas descomodo é insolente que de ordinario; él os despedirá, y, para vengaros, hablareis tan mal de él á vuestros camaradas, que no volverá á hallar ningún criado bueno que quiera servirle.

Esto basta sin duda alguna para dar una idea del libro á nuestros lectores. Despues de estos consejos generales, excelentes para seguirlos si se quisiera ser despedido y caer muy pronto en la miseria, entra Swift en los detalles mas particulares sobre cada una de las partes del servicio, sobre cada ocupacion: las advertencias á las doncellas y á las amas de gobierno tienen sobre toda una infernal malignidad. En suma, á causa de su interrupcion, la obra de Swift es de una utilidad muy controvertible. Hace mucho tiempo, que se duda en efecto decidir si una pintura viva y fiel de los vicios, aun cuando sea inspirada por el deseo de hacerlos odiosos, es mas perjudicial que provechosa. Si,

por una parte, dejando al descubierto las astucias de los malos, puede esperarse el poner en guardia contra ellos á las personas honradas, es esponerse, por otra, á aumentar el número de los malos ó á darles mayor destreza para hacer mal.

Despues de Swift se han escrito en Inglaterra tratados de moral, y pronunciado sermones sobre la domesticidad. Un autor ha publicado últimamente sobre este asunto un libro intitulado: *La mayor calamidad de la vida*. Es un cuadro romántico. Refiere una lady, como despues de su casamiento, ha puesto los criados á prueba de su vida de mil maneras, reduciéndola por último á ser la mas desgraciada de las mugeres. De este libro, bastante mediano, es del que tomamos un dibujo, de Cruikshan. Al mismo tiempo se ha dado á la luz pública en Londres un manual práctico de criados sério é instructivo. Hasta ahora nada semejante poseemos en España. Nuestros criados leen poco; y cuáles serán los amos que no se creen con todo el talento y todos los conocimientos necesarios para saber mandar? Se ha intentado perfeccionar la institucion de las agencias para su colocacion; estos ensayos son laudables; no podrian encarecerse lo bastante cuantos esfuerzos tiendan á elevar esta profesion en punto á moralidad é instruccion práctica.

El único medio que tienen los criados de hacer su condicion mas digna y mas feliz es la de perturbarse á sí mismos y merecer por su conducta, por su honradez, una confianza que los haga adoptar en cierto modo por las familias. Sabido es por numerosísimos ejemplos á que honrosa y admirable influencia pueden llegar con la adhesion y la perseverancia. Si bien debe tenerse presente que los buenos amos hacen los buenos criados, no es menos cierto que muchas veces pueden los buenos criados hacer buenos amos. No existen siempre en una parte sola los defectos y la corrupcion. A un criado que poseyera el talento del doctor Swift no le faltaría consejos que dar á los amos: el leon de la Fontaine no es el único que puede esclamarse con razon:

¡Si mes souffres savient peindra!



CARRETON DE VELA EN CHINA.

«Algunos antiguos viajeros, dice Jorge Staunton, hablan de los carretones con vela de los chinos, método que no han abandonado todavía. Constan de carretas pequeñas de bambú, con una sola rueda grande. Cuando el viento es débil, un hombre sujeto delante arrastra este vehiculo, mientras que otro le empuja por detrás. Si el viento es fuerte, despliegan una vela de estera sujeta á dos palos; esta

vela hace inútil el trabajo del hombre que comunmente tira delante.»

Los vendedores de comestibles, los aldeanos de las cercanías de las ciudades, son principalmente los que emplean estos carretones cuando van al mercado. En la America del Sud se hace tambien uso de un medio de transporte semejante.

SOLA. (1)

Siempre he estado convencido de que hay que seguir otra lógica que la de los dramas y novelas, en las cuales, por la regular, el autor se anticipa á la justicia divina, y paga ampliamente en esta vida á cada uno según su merecido, instituyendo de esta suerte la esperanza y el temor de los gases y castigos ciertos pronunciados después de la muerte, saliendo su cuenta al bueno y al malo en la tierra, parodiando en este mundo un cielo y un infierno que dispone á su arbitrio.—He visto en esto una profanación de ese alto pensamiento y corrección del cristianismo, que considera esta vida como una prueba, como un problema al que solo Dios daba la debida solución.

Seguín Sué.
Prólogo de LA SALAMAZRA.

I.

—Por cierto, dijo el joven coronel de milicias D. Rodrigo Ponca de Leon acercándose á la mesa del tresillo en que jugaban doña N. de Silva, el inspector de artillería y el rector de la universidad de Sevilla: verdaderamente, tía mía, nunca adivináis á quién vengo de ver en el teatro.

—Eso será tan difícil, contestó la tía, como adivinar los números que han de ganar premio en la lotería.

—Pues bien, os lo diré: la condesa de Luna y su hija. Los naipes se le cayeron de las manos á la señora de Silva, y pasó con un solo.

—Eso es chanza, dijo.

—Tan verdad es como imperdible era vuestro juego.

—¿Y con su hija!... ¿la viste bien?...

—¡Vaya si la he visto! ¡es muy bonita! ¡buena está la pregunta! ¡Inés llevaba mantilla negra de tafetan, como si fuera á la iglesia. Abecía mucho los ojos, y á nadie miraba, ni aun á mí, que soy su primo en cuarto grado.

—¿Vaya, dijo la tía, es increíble!

—¿Qué daban en el teatro? preguntó el viejo señor de G.

—*Sancho Ortiz de las Roelas*.

—¡Ah! ya está explicado el enigma: la condesa es *Tanera*, y siempre va al teatro cuando dan esa pieza, cuyo argumento es verídico, y uno de los héroes pariente suyo.

—Tiene V. razón, dijo la señora de Silva, había olvidado esta escepcion, muy justa por cierto; pues todos sabemos con qué recogimiento cría la condesa á su hija: así es Inés el modelo de jóvenes, como siempre su madre lo fué de casadas. ¡Es familia respetabilísima!

—¡Buén modo de educar á una joven! repuso el coronel: una severidad ridícula, una gazmoñería chocante, una beatería fastidiosa.... No hay mas que verla; fris como una estátua, tan desmayada como una paurda, tímida y estúpida como una esclava.

—Hablas como un aturrido, mi querido sobrino, dijo la señora de Silva; mas bien deberías admirar aquel aire tan noble y mesurado, aquellos modales tan modestos y sin pretensiones, en fin, aquel decoro.

—Aquella frialdad, aquel orgullo, aquel desden, dijo el coronel interrumpiéndola con viveza.... Dígalo mi amigo García Tafalla, que por desgracia suya fue alojado enfrente de su casa, que la ama con pasión, y que solo es correspondido con señales de desprecio! ¡Bien hace pensar al pobre García!

—¿Supongo que lo que dices está fundado en conjeturas?

—Perdone V., tengo datos para decirlo. A nuestra llegada nos hizo unos elogios tan exaltados de Inés, que en ellos se traslucía su pasión, sin que él lo advirtiera. Algun tiempo después, no solamente no volvió á mentarla, sino que se hizo tan mal sufrido con nuestras chanzas sobre el particular, que les dió fin batiéndose con un oficial que lo embromaba. De día en día se ha puesto mas adusto

y melancólico, y aun esta misma noche se ha vendido completamente, pues entre todos nosotros fué el único que no la miró á la salida. Formábamos calle para ver salir á las señoras: Inés tropezó antes de llegar al coche; García corrió á ofrecerle la mano, pero Inés, sin dignarse darle las gracias, ni aun de mirarlo, tomó la del lacayo y se metió en el fondo del carruaje, como para no verse precisada á devolver nuestros saludos. Por lo que á mi toca, le aseguro que semejante conducta apagaría mis amorosas llamas, aunque fuesen tan ardientes como las de Naclas. ¡Pobre Pigmalion, muerto por una estátua que no puede animar! ¡Un joven perfecto! ¡tan noble! ¡tan honrado! ¡de tan bella presencia! En fin, un verdadero caballero.

—¿Es rico? preguntó la tía.

—¿Es rico? esa es la pregunta de todas las personas de edad; pues no señora: es el segundo de su casa. Pregunte V. ahora cuántos son los coartales de su nobleza; esa pregunta de los preocupados sigue á la otra, como sigue el páyaso al arlequín. Es de una familia honrada de Estremadura. Ahora bien, que sea un joven lleno de mérito y buenas cualidades, que tenga un carácter excelente, un exterior y modales distinguidos y que la adore; todo eso nada importa. Esto es, sin embargo, lo que haría la felicidad de la que fuera su muger.... pero la dicha es poca cosa.... la vanidad es el todo!

—¡Rodrigo, hablas como un chico de veinticuatro años! Pero has de saber que todo lo que has enumerado no basta al bien estar, el á eso no se unen las conveniencias: está la juventud no lo conoce; pero luego las echa menos, llega el arrepentimiento, y todos disculpan su falta con la in-experiencia, ó culpan á sus padres. Algo mas vale el sistema que sigue la condesa de Luna: con él preserva á su hija de dejarse arrastrar y seducir por una pasión que no podría menos de hacerla infeliz. Vosotros habláis siempre del amor como del destino de la vida, y soéis mudar mas veces de amores que de garnición. La vida puede pasarse sin amor, como yo sin mis joyas.... es puro lujo!

Rodrigo hizo una pirueta soltando una carcajada.

—Eres un loco, dijo su tía, y volviendo á nuestro asunto; tú serás muy entendido en disciplinar soldados, no lo dudo; en cuanto á la educación de jóvenes no entiendo una palabra.

Las doce sonaron, y la tertulia se separó.

II.

Mucho tiempo hacia que en casa de la condesa de Luna todo yacía en profundo silencio. La alcoba de la condesa sobre todo, parecía el santuario del sosiego moral y material. Era una gran alcoba, en la que se veían dos cómodas con embutidos de plata. Sobre una de ellas un magnífico crucifijo de marfil, sobre la otra un reloj de lira, que daba los minutos con la misma regularidad que ponía la condesa en todas sus acciones. Entre las dos cómodas estaba un tocador cubierto de muselina con balbales muy blancos, muy amilidonados, muy plegados, con su espejo cuyo marco era de plata, y varios platos tazas y candeleros, todo igualmente de plata. En la pared habia un nicho, cerrado con vidriera en el cual ardía una mariposa. En el fondo de la alcoba, una gran cama naciça, con cortinas y colcha de raso liso blanco de la China, bordado en seda y oro figurando un revoltillo de pájaros, mariposas, flores y monos, verdadera imagen de los sueños que protegía. Al lado de la cama colgaba una pila de plata con agua bendita. En medio de todo este orden admirable, reposaba la condesa como su punto céntrico. Todavía era hermosa, resultas de una vida tranquila y virtuosa. Sus facciones que no se hallaban alteradas por pasiones ni pesares, habian conservado toda su brillantez como las flores bajo fanales de cristal. Señala que el retrato grande de Bustos Tavera, que estaba en el estrado la dirigia una mirada cariñosa por haber ido al teatro, mientras su tío el Cardenal que se hallaba enfrente, fruncia el ceño.

En la alcoba de su hija no habia ensueños, ni calma ni dormir. Inés pálida, suelto el cabello daba vueltas en ella, con una agitación difícil de espresar, á la que se entregaba, libre de la eterna y rigurosa violencia que se hacía todo el día. Tan pronto se paraba y se ponía á escuchar—tan pronto se echaba en su canapé, cruzando las manos y dejando caer la cabeza sobre su pecho á modo de pesadu

(1). Tenemos el gusto de ofrecer á nuestros lectores una nueva novela, del escritor incógnito, que con la simultánea y reciente publicación de varias producciones de este género ha alcanzado repentinamente una ventajosa y merecida reputación de novelista y de hábil pintor de costumbres; la que hoy ofrecemos aventaja notablemente á las que anteriormente han aparecido en el *Semanario* firmadas con el pseudónimo de *Fernán Caballero*. No es esta el último escrito del mismo autor con que aumentemos nuestro periódico.

carga. Pero la levantó oyendo una voz que cantaba quedo bajo sus ventanas.

¡Hay! amor que no entiendo
tus tiranías!
¡si mandas y ordenas
si exiges, si intimas
que canta la pena que llora la risa!

Corrió al balcón, abrió las persianas y dijo con voz baja:
—¿Eres tú García?
—Yo, Inés.

Echó una cinta que volvió á recoger cuando él hubo estado á ella una escala de cuerda, pasó dos ganchos de hierro al pasamanó del balcón, en seguida un gallardo joven subió y saltó dentro del cuarto.

—Inés mía, Inés mía, dijo precipitándose así y arrojándose á los brazos de ella, ¡qué siglos de tormentos por uno de estos instantes de delicia!

—¡Ah! suspiró Inés, quién pudiera borrarlos de nuestra vida, y de nuestra memoria!

—¿No me quieres ya Inés?

—Las mugeres como yo, solo aman una vez, García.

—¿No me miraste ni una vez en el teatro!

—Y sin embargo no he visto mas que á tí:

—¡Inés! ¡Inés! Semejante existencia es insufrible.

—Y no obstante, dijo ella, cayendo abrumada sobre el sofá, tu no sabes toda nuestra desgracia!

—¿Qué! ¿nos han vendido? ¿tu madre acaso ha sabido?

—¿No, no! ¡es una desgracia mayor! ¡es el deshonor! ¡es la infamia. García, prosiguió sollozando y cubriéndose el rostro con las manos, ¡Soy madre!

—El joven se echó á sus pies, cubrió de besos apasionados sus manos bañadas de lágrimas, y las trenzas largas de sus cabellos pronunciando palabras inconexas que pintaban su enagenamiento y su ternura.

—¡Déjame, déjame exclamó Inés, desprendiéndose de sus brazos; insensato! ¡egoísta! que en nada cuentas el honor de la que amas, que parece gozarte en lo que me ha de acortar la vida á la razón!

Levantóse Inés indignada, su vista se turbó, bambaleó, y cayó sin sentido. García desesperado se vió forzado á pedir auxilio á la ama de Inés su confidente, cuyo cuarto se hallaba separado del de Inés por un pequeño corredor. Esta vino al instante. Era una muger alta, seca y flaca, que lanzó desde luego miradas iracundas á García y que lo apartó aun con allivez cuando quiso prestar sus auxilios á la que anaba.

Dejadla señor le dijo: vos no le haréis jamás sino males. ¡En esta hora os ha conocido!

—Inés abrió los ojos. Catana, dijo á su ama; ¡la afrenta á la muerte!

—Hija mía, dijo Catana, todo se podría componer. Tranquilízate; te estás matando! piensa que si te pones mala se divulgará tu secreto.

—Pero ¿qué haré? exclamó Inés, con desesperación.

—Inés mía, dijo García, nos echaremos á los pies de tus padres, confesándolo todo, y ellos nos perdonarán.

—¿Qué dice V. señor? dijo Catana interrumpiéndole secamente, su padre perdería el juicio, su madre moriría. Es imposible, no hay mas que un medio de sepultar esta desgracia en un eterno olvido: la criatura no debe nacer.

—Inés dió un gemido y dejó caer su cabeza en uno de los cojines del sofá.

—¡Espiar una falta con un crimen! exclamó García.

—Jamás, jamás! Inés prosiguió precipitándose á sus pies. ¡Por el amor de nuestro hijo; sé mi muger! no puedo ofrecerte ni fortuna, ni rango; pero tengo mi espada, mi nombre immaculado, y un corazón que siempre te adorará.

—Imposible García, imposible por ahora, repetía Inés volviendo á otro lado su rostro bañado en lágrimas.

—Su padre la mataría; decía Catana; su hija única, su heredera, darla á una persona sin nombre y sin bienes, su seductor! Preferirían verla entre cuatro cirios. Solo el velo del mas profundo misterio puede salvarla.

—Reemplázate tu cariño, dijo Inés, el de una madre, hasta que la muerte de mis padres me deje dueña de mis acciones! Entonces García.... Oígo ruido, dijo Catana acercándose á la puerta; alejarse que oígo pasos. García se precipitó al balcón, Catana desató la escala y cerró las persianas.

III

—Mi querido Rodrigo, decía la señora de Silva abrazando tiernamente á su sobrino, — ¡Como te habrás aburrido durante estos diez y ocho meses, en ese horrible rincón de Badajoz!

—He enlaquecido, tía. ¡El menor de los inconvenientes del estado militar es el darse á matar en el campo de batalla! ah! ¡que horrible guarrocion! ¡que pueblo tan mal sano! todos hemos estado malos; pero lo que mas me ha emponzoñado mi estada allí, es mi pobre García, abatido ya por una pena devoradora, se entregó á su fiebre como á una amiga, y pronto murió, llorado por todos sus compañeros que han maldecido mil veces á la muger cruel que causó su muerte.

—Di á la muger razonable que no dió pie á un amor que no podía ni debía participar. Pero los hombres siempre son injustos con las mugeres: si resisten, malo; si ceden peor. Inés sin embargo recibe la recompensa debida á su juiciosa conducta. Los mejores partidos de Sevilla solicitan su mano; un Toms de Monsalve, tú sabes su antigua nobleza. La corona se halla á los pies de sus aguilas en su escudo de armas. No sabes quizás el origen de esta particularidad: te lo contaré. Juan de Monsalve fué favorito del rey Don Juan II, y aun pretendían que era su hijo, cuya opinión nació de la estrema hermosura de su madre, opinión desmentida por su alta virtud. D. Enrique IV lo hizo su maestro Sala y conservó su empleo en tiempo de Isabel la Católica. Un día en presencia de la reina, los cortesanos le chanceaban sobre su semejanza con la reina. Pero D. Juan, lejos de darse por lisonjeado, les respondió con enojo que mentaban, y que estimaba mas el honor de mi madre que la sangre real. Entonces la noble Isabel le dijo. — Monsalve, eres digno que la corona que llevan sobre la cabeza las aguilas de tu escudo de armas, esté á sus pies. — Lo que fué ejecutado, como lo puedes verificar en las armas de mariscal que se ven en el frontispicio de sus casas en la plaza Monsalve. (1) Pero dicen que el que conseguirá la preferencia es el marqués.

—¡Tía mía, Vd. es una crónica viva! dijo Rodrigo interrumpiéndola. ¿Vá Vd. ahora á desenterrar los abuelos de todos los pretendientes de Inés? Por lo que á mí toca, no veo mas que á sus últimos descendientes. Uno es idiota, y el otro un cena á oscuras: su sociedad se compone de caniceros, toreros y caleseros. Yo no veo mas allá. El lustre de sus abuelos se ha evaporado lastimosamente. Yo no aprecio sino el mérito personal. Lo demas es vanitas vanitatis preocupaciones; no hay mas nobleza que el mérito personal; el primer rey fué un soldado valiente.

—¡Jesus Maria! dijo su tía persiguiéndose, ¿no te avergüenzas de propalar ideas tan necias como vulgares? Esas bonitas máximas que proclamas, y nos llegan goteando sangre de la revolución francesa, esas frivolas y superficiales máximas, que fueron el primer fundamento del edificio coronado con el patibulo de Luis XVI, ¿tendrán un juguete mas en un Ponce de Leon, un español, un católico, á quien el rey ha confiado un regimiento? ¡ah! ¡Rodrigo! qué mal me has hecho!

—Perdonad tía, si hay alguna acritud en mis discursos, pero la muerte trágica de mi amigo me ha traspasado el corazón. Estoy furioso contra esas preocupaciones si llegan hasta el punto de hacer la infelicidad de un hombre de bien.

En este momento un criado anunció la visita de la condesa de Luna con su hija. Rodrigo quiso irse; pero su tía le detuvo. Despues de haber saludado al arm de la casa la condesa cumplimentó al joven coronel sobre su feliz llegada. El se quejó de su guarrocion y despues añadió: —pero sobre todo despues de la muerte de mi amigo García Tafalla se me hizo insoponible.

Una ligera commocion de nervios que produjo un movimiento involuntario, hizo caer el abanico de Inés. Rodrigo se apresuró á levantarlo. — Nadie hay mas torpe que yo para manejar un abanico — dijo ella, sonriendo é inclinandose para darle las gracias.

Pero el imperforable coronel prosiguió sin dejarse desviar de su asunto. — Es una pesadumbre la que lo ha muerto. A fe mía que debe tener remediamentos la perso-

(1) Histórico: hoy dia propiedad del Sr. Marqués de la Granja.

na que ha excavado la tumba de uno de los caballeros mas cumplidos que ha conocido.

— ¡ Ah señor ! — dijo Ines. — Las pesadumbres no causan la muerte á una persona que tiene salud , así como la felicidad no da la salud á un físico.

— Mude Vd. de edad y de figura — exclamó Rodrigo, — ó mude lenguaje ! ; Se vieron jamas reunidos el invierno y la primavera ? Son flores cubiertas de nieve.

Y no pudiendo contener su indignacion , salió precipitadamente. ¡ Ah , se dijo á sí mismo : despreció tu vida y tu amor y menospreció tu muerte ! ; Que no hubiera tenido mi corazon para amarte , Garcia mio !

(Concluirá.)

FERNAN CABALLERO.

De la igualdad en Madrid.

El madrileño ocupa la posicion que puede, pero procura *aparecer* en otra distinta que en la que realmente se encuentra. Despues de muchos trastornos, las clases inferiores han conquistado el derecho de *parecer* iguales á las otras ; es decir, han conquistado la igualdad en los gastos, pero no en los ingresos.

En Madrid, todo el mundo es rico en la calle, en los bailes, en los teatros. Pero algunos, mejor dicho, el mayor número, pagan este brillo esteril y aparente, con toda especie de miserias positivas, animosamente agravadas como necesidades indispensables, aunque puedan parecer superfluas.

El traje y la *apariciencia* son lo *necesario*, la habitacion y la comida son lo *superfluo*; esta última parte es la que se cercena y escatima hasta un grado increíble.

El empleado con 10,000 rs. debe usar el mismo traje, el mismo sombrero que el propietario que posee 60,000 de renta, y debe fumar los mismos cigarros habanos de 4 2 rs.

El artesano mismo se retrae ahora de usar el traje cómodo y pintoresco que ha pertenecido por largo tiempo á ciertas profesiones.

El maestro ebanista no osaría actualmente presentarse el día de fiesta con su pantalon y chaqueta negra como otras veces. Créese obligado á *agenciarse* un paletó á guisa de funda de violon, no importa de qué color; debe tambien tener un reloj; el reloj puede ser de un metal cualquiera, pero la cadena y la llave que aparecen en el exterior, es preciso que sean doradas, imitando á las finas.

Es de lamentar que se hayan dejado caer en desuso los trages particulares de cada profesion; esta costumbre envolvía en ella una especie de ley suntuaria, á la cual no era humillante obedecer.

Tal empleado de 10,000 rs. que se cree obligado á *parecer* rico en la calle, se alimenta malamente con las provisiones que él mismo va á comprar por la mañana á primer hora, cuando no teme que le vean las gentes conocidas.

Nada de esto sucede en las provincias. Los habitantes de vuestro pueblo saben al dedillo lo que poseeis en tierras y en fincas, lo que producen vuestros trabajos; no hay afán de deslumbrar, porque no es posible conseguir que nadie se haga ilusiones.

Peró en Madrid, hay quien come por real y medio en un bodegon, ó guarda en el fondo de su bolsillo un panceillo francés, cuyos pedazos va llevando cuidadosamente á la boca, aparentando rascarse las narices ó atusarse el bigote, y se dirige en seguida á la Puerta del Sol con un mondadientes en la boca, dando envidia á los transeuntes, cuya piedad debía escitar.

Así es que los negocios mas lucrativos, las especulaciones mas seguras, son las que tienen por objeto vender cosas de lujo muy baratas. Las camisas de mal algodón, pero con cuello, pechera y puños de *battista*, las cortadas *finiendo* chalinás, los zapatos *imitando* botas tienen una salida prodigiosa. Hay muchas gentes que deben su subsistencia á la diferencia de precio que existe entre estas felices imitaciones y los objetos verdaderos que se crearian obligados á comprar, y que absorberian completamente sus fondos.

Así se explica el misterio que muchas personas guardan en Madrid respecto á su domicilio. Si teneis algun negocio

con ellos, os dirán que salen temprano y entran tarde, que no se les encuentra jamás, etc., prefieren daros cita para la Puerta del Sol ó para un café. Es que el elegante habita una boardilla cuyo alquiler ha dejado de pagar hace tres meses, que duerme sobre una cama de cordeles, y que una botella vacía le sirve de candelero.

Hay muchas personas que prefieren tener *apariciencia* de haber comido en casa de Lardy, á comer positivamente en otra fonda de menos fama.

Y lo que hay de mas curioso en estos esfuerzos heróicos por *parecer* rico, es que los que tal hacen, no pueden alcanzar mas que dos resultados; sin contar el de arrastrar una vida miserable, si consiguen engañar á las gentes les envidian, si no lo consiguen, se burlan de ellos.

La verdad.

La verdad reina en el cielo, ilumina la tierra, inspira la justicia y rige las naciones. Confirma lo que es patente, y esclarece lo que es dudoso. A ella es debido el que todas las virtudes lleguen á su mas alto grado de perfeccion.

La verdad constituye un deber que no es dispensado por nada. Es una moneda siempre corriente; un horizonte que no se halla empañado por nube alguna, un mar sin abismos, un puerto sin naufragios, una flor que nunca se marchita.

La verdad es la imagen de una salud eterna, de una vida sin fin. Es un alimento siempre sano, un sol que jamás se pone; una luna sin eclipse, una puerta que á nadie se le cierra, un camino que se halla abierto para todos.

La verdad es á la vez el origen, la esencia y la concentracion de toda fuerza. Sin ella, el vigor no sería sino debilidad; la prudencia, temeridad; la templanza, privacion; la justicia, iniquidad; la humildad, hipocresia; la paciencia, disimulacion; la beneficencia, vanidad; la riqueza, indigencia; la libertad, despotismo ó anarquía.

La verdad es el centro comun de todas las cosas, es la brújula que dirige el mundo, es el antídoto de todos los venenos, la sombra bajo que se guarecen todas las virtudes y por lo mismo el objeto que muy pocos alcanzan.

PEDRO DE MEDINA.

GEROGLIFICO.



LA SOLUCION EN EL NÚM. PRÓXIMO.

Dirección, Redacción y Oficinas calle de Jacometrano, número 20.

Oficinas y establecimiento tipográfico del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION; á cargo D. G. Alhambra.